

su hijo, mozo vicioso y afeminado. A lo menos, las medidas que adoptaba eran suaves y oportunas, como lo prueba su conducta cuando fué llamado á las armas por los germanos y los francos, que por el lado del Rhin invadían las Galias. Al mismo tiempo, los godos y los carpos se derramaban para Mesia, la Tracia y la Macedonia; caían los escitas sobre el Euxino, avanzando hasta Calcedonia, Nicea y Apamea. Ya Sapor había ocupado toda la Armenia, sometido la Siria y tomado á Antioquia. En aquella empresa había cedido al impulso y al consejo de un tal Ciriades, jóven de una familia noble, aunque deshonrada, que fatigado de las reprensiones de su padre, despues de haber robado considerables sumas de dinero, huyó al territorio de los persas, donde tomó el título de Augusto.

Valeriano, vencedor de los godos (259), llegó demasiado tarde para contener los estragos de los escitas, que devastaban el país retirándose aceleradamente; pero marchó contra Sapor, que le venció é hizo prisionero (260). Sobre toda ponderacion envalentonado el rey de los reyes con aquel triunfo y con tan excelente presa, le condujo encadenado á través de las principales ciudades, poniendo el pié sobre su espalda para montar á caballo. Al morir el emperador despues de muchos años de cautiverio, fué desollado y colgada su piel en un templo; quedó allí como perpétua memoria del baldon de los romanos, tal es por lo menos el aserto de algunos historiadores. Otros afirman, por el contrario, que el rey victorioso no se mostró cruel con su prisionero, cuya mayor pesadumbre consistió en ver á su hijo regocijarse de un revés que anticipaba la hora de su reinado, en vez de procurar la inmediata libertad de su padre. A los ojos de los cristianos fué este desastre un castigo de la persecucion dirigida por el emperador contra los fieles á instigacion de Marciano, célebre mágico procedente de Egipto, quien le persuadió de que jamás prosperaria el imperio mientras no se extinguiera un culto abominable para los dioses de la patria (257).

Al saber la noticia de la derrota de Valeriano, todos los enemigos de Roma se precipitaron contra ella, cual si obraran de comun acuerdo; devastan, godos y escitas, el Ponto y el Asia; se lanzan sobre la Rethia alemanes

y francos y penetran hasta Rávena; ocupan quados y sármatas la Dácia y la Pannonia; otros invaden la España y se apoderan de Tarragona. Galieno, que había quedado único soberano del imperio, acude desde la Galia para salvar á Roma. Había despertado allí el peligro la energía de los senadores, quienes hicieron partir á los pretorianos que habían quedado de guarnicion, agregándoles los plebeyos más robustos, lo cual determinó la retirada de los bárbaros. Este acceso de bravura inspiró recelos á Galieno; temiendo por su propia persona las consecuencias de aquellos arrebatos belicosos, prohibió á los senadores todo empleo en la milicia, no permitiéndoles ni aun aproximarse el campamento de las legiones; aquellos á quienes habían enervado sus riquezas, vieron en esto una exencion que admitieron como una gracia.

Una vez rechazados los bárbaros de la Dácia y de la Italia, Galieno procuró atraérselos contrayendo con ellos vínculos de parentesco, y se casó con la hija de Pipas, rey de los marcomanos, aunque la vanidad romana reputó siempre como profanos estos enlaces. Entonces hubo de acudir á Iliria, donde derrotó y mató á Ingénno que se había hecho proclamar emperador; luego para vengarse mandó que fueran pasados á cuchillo todos los habitantes de la Mesia, inocentes ó culpables. *No basta, escribia á Valeriano Celer, que hagas morir á los que contaa mi han exgrimido las armas, y hayan podido perecer en la refriega; quiero que en toda ciudad extermines á mozos y ancianos, sin perdonar á uno solo, á todos los que me han querido mal ó me han tomado en boca injuriosamente, siendo como soy hijo, padre y hermano de príncipes. Procede como procedería yo mismo, que te escribo de mi puño y letra.*

Iba á ser ejecutado este decreto dictado por el furor, cuando impelidos por la desesperacion aquellos á quienes amenazaba, proclamaron emperador á Q. Nonio Regilo. Dacio de origen y descendiente de Decebalo, que lidió contra Trajano, era tal su bravura que Claudio (futuro emperador) le había escrito con motivo de sus victorias: *Hubo un tiempo en que se te hubiera discernido el triunfo; hoy te conjuro para que venzas con la mayor precaucion, y no olvides que hay alguno á quien harán sombra tus laureles.* Este valor le encumbró al trono, más

no pudo mantenerse allí por largo tiempo, pues le asesinaron sus soldados.

Otro emperador había surgido en las Galias; Casio Labieno Póstumo, de baja extraccion, aunque excelente capitán, asedió en Colonia á Salonino, hijo de Galiano, le dió muerte, y recibió el homenaje de la Galia, de España y de Bretaña. En el curso de los siete años que se sostuvo, expulsó á los germanos de la primera de estas provincias, restableció la tranquilidad y mereció el general afecto.

Tantos disturbios interiores facilitaban á los persas la ocasion de destrozar á su antojo las provincias de Oriente. Habiendo penetrado Sapor en la Cilicia, saqueó á Tarso, ocupó á Cesarea, cuyos moradores pasó á cuchillo, declarando que quería pasar de una montaña á otra despues de colmar con cadáveres el valle que las separaba. Cotidianamente hacia conducir á los prisioneros al abrevadero como un rebaño, y solo se les arrojaba el alimento necesario para prolongar sus padecimientos.

Entretanto Balisto, capitán de los pretorianos bajo Valeriano, reúne los restos del ejército de este príncipe, y osa hacer frente á los persas; supliendo al número con la rapidez y la táctica, liberta á Pompeyópolis en Cilicia, destrozó á los persas en la Licaonia, hace muchos prisioneros, y se apodera de las mujeres de Sapor; retirándose luego antes de que le dó alcance este príncipe llega con la velocidad del rayo á Sebaste y á Corisa de Cilicia, donde sorprende y mata á los invasores.

Tuvo además Sapor por adversario á Odenato de Palmira, chái que de una tribu de sarracenos, aguerrido desde la infancia por la caza y por los combates. Cuando vió que Sapor se había hecho formidable en virtud de su victoria sobre Valeriano, le dirigió palabras de sumision y una larga hilera de camellos cargados de donativos no comunes. Parecióle al rey de reyes insolencia que osara escribirle un hombre sin nombre; rompió su carta, mandó echar sus regalos al rio, y respondió que le enseñaría sus deberes con el exterminio de su persona y de todos los suyos, á menos que llegara á postrarse á sus plantas de hinojos con las manos atadas á la espalda.

Este ultraje hizo temblar de indignacion al árabe quien juró perecer ó humillar tanta so-

berbia. Declarándose, pues, en favor de los romanos, de quienes Palmira era entonces colonia, se unió á Balisto y le auxilió con toda su pujanza. Desconsolado Sapor por la pérdida de sus mujeres y temiendo mayores desastres, emprendió la retirada delante de aquellos dos audaces adversarios. Mas como pasara á corta distancia de Palmira, cae Odenato sobre la retaguardia y la aniquila completamente. Obligado á pasar el Eufrates en desórden perdió mucha gente, y se vió reducido á compar á la guarnicion romana de Edesa la facultad de retirarse sin ser inquietado, mediante todo el oro que llevaba consigo del saqueo de Siria.

Al penetrar el año siguiente en la Mesopotamia recuperó Odenato á Nisibe y Carrhas, adelantándose despues hácia el centro del imperio para libertar á Valeriano. Derrotó á Sapor en regular batalla y le puso en la necesidad de encerrarse con su familia en Ctesifont. Entonces acudieron de todo el reino á defender la capital de los magnates persas; pero Odenato les deshizo y quizá hubiera coronado un buen éxito sus esfuerzos si las sediciones recientes en el corazon del imperio no hubieran hecho imposible toda grande empresa.

Nombrado por Galieno, en recompensa de sus señalados servicios, comandante general de todas las fuerzas romanas de Oriente, tomó Odenato el título de rey de Palmira. La historia de esta ciudad es un episodio oriental en medio de las invasiones de los bárbaros y de los sombríos horrores de los tiranos latinos. Hemos visto con cuanta oportunidad la había fundado Salomon en el desierto, á tres jornadas del Eufrates, para servir de punto de parada á las caravanas que iban desde Europa á la India. Floreció bajo los Seleucidas, y durante una larga paz se aumentaron su comercio y sus riquezas. Estrabon no la menciona siquiera; Plinio dice que era considerable por su situacion, por la riqueza de su territorio, y sus agradables riachuelos, y que aislada del mundo por el vasto desierto de que estaba rodeada, se había conservado independiente entre los partos y los romanos, deseosos á porfia de que tomara parte en sus intereses.

Mientras que Balisto y Odenato daban cima á sorprendentes empresas, se degradaba Galieno en medio de las mas abjetas prostitutas. Su

crueledad se ejercitaba, no contra los senadores, como la de los emperadores precedentes, sino contra los soldados, de los cuales hacia morir hasta tres ó cuatro mil cotidianamente. Una vez le ocurrió el extravagante capricho de presentarse como triunfador, seguido de fingidos prisioneros disfrazados de godos, de sármatas, de francos y de persas. Algunos burlones se acercaron á estos últimos, y jocosos con poca oportunidad, se pusieron á examinarlos atentamente; como se les preguntara qué era lo que examinaban con tanto esmero, respondieron: *Buscamos al padre del emperador*. Galieno hizo que fueran quemados vivos; pero no se queman las palabras, y ménos todavía la opinion. Tambien se divertía en discutir con el filósofo Plotino, y se proponía confiarle una ciudad para que realizara la república de Platon en ella. Ademas componía hermosos versos y admirables arengas; sabia adornar un jardin y preparar con habilidad suma un opíparo banquete. Hacia que le iniciaran en los misterios de la Grecia, solicitaba un lugar en el Aréopago de Atenas, y prodigaba en sus innmerecidos triunfos ó en el lujo de su córte, los tesoros que reclamaban la miseria general é inmensas calamidades. Por los negocios públicos no se tomaba interés ninguno. Se le participa la muerte de su padre. *Sabia que era mortal*, responde. Se le anuncia la pérdida de Egipto: *Nos pasaremos sin sus telas*; la ocupacion de las Galias. *¿Perecerá Roma por ventura aunque le falten las sederías de Arras?* El saqueo del Asia por los escitas. *¿No podremos bañarnos acaso sin sal de nitro?*

Esta indolencia suscitaba usurpadores para todas partes; son conocidos en la historia bajo el nombre de los *Treinta tiranos* (260), áun cuando el número no sea exacto. Pero ¿cómo seguir sin confusion y sin fastidio á todos aquellos ambiciosos en su corta travesía desde el trono al sepulcro?

Ascendido por su valor á los primeros grados militares, Macrieno se rebeló contra el hijo de Valeriano y le hizo proclamar emperador con ayuda de Balisto. Al saber esta noticia adoptó el mismo título P. Valerio Valente, prócsul en el Acaia; éste era el último vástago de una familia ilustre y un hombre dotado de grandes virtudes, pues el mismo valente sabe-

dor de que habia sido muerto, dijo: *¿Qué cuenta habré de dar á los dioses infernales á consecuencia de la muerte de un hombre que no tenía igual en el imperio!* Decretó el Senado su apoteosis, diciendo que jamás habia existido hombre mejor ni de más energía.

Habiéndose adelantado entonceo Macrieno contra Galieno fué derrotado en los confines de la Tracia y pereció en el combate. Entonces tomó el título de emperador Balisto en Emeso dando muerte á todo el que retardaba rendirle homenaje; pero un sicario de Galieno le arancó la vida. Abrogóse aquel título un tal Sempronio Saturnino, cuyo país se ignora. Emiliano se hizo proclamar en Egipto; se ocupó en restablecer el órden en aquel país víctima de tantos trastornos, hasta el momento en que el egipcio Teodoto, enviado en contra suya por Galieno, le batió y hebiéndole aprisionado, le hizo conducir á Roma, donde fué ahogado en su calabozo, segun la antigua costumbre. En el Asia Menor los isaurios proclamaron á Cayo Annio Trebeliano; habiendo sucumbido éste en el campo de batalla, rehusaron someterse y devastaron el Asia Menor y la Siria hasta el tiempo de Constantino. Un tal Tito Cornelio Galo, proclamado Augusto en Africa, fué crucificado al cabo de siete dias.

Postumio, que se habia sostenido en las Galias, se asoció á Aurelio Victoriano, y resistió á los repetidos ataques de Galieno; venció tambien á L. Elio (266), quien se habia hecho emperador en Maguncia, pero no habiendo consentido que entraran á saco la ciudad sus soldados, fué asesinado con su hijo por ellos. Spurio Servilio Loliario, sucesor suyo; fué asesinado á instigacion de Victoriano, quien quedó por dueño de las Galias, y fué degollado posteriormente por un esposo ofendido. Habia designado á su hijo para sucederlo; mas indignándose los galos de obedecer á un niño, eligieron á M. Aurelio Mario, armero de una fuerza y una valentía á toda prueba, á quien tres dias despues atraviesa el corazon uno de sus obreros con una espada diciendo: *Tú eres el que la has forjado*. Reemplazáronle los soldados con Tétrico, senador y personaje consular, el cual quedó en posesion de la Galia, de la España y de la Bretaña. Estos príncipes efimeros y transitorios, eran elevados y destruidos por Victo-

ria, madre de Victoriano, que desplegaba contra Galieno varonil bravura y disponia de inmensas riquezas.

Odenato, que en galardón de haber conservado las provincias de Oriente, habia sido asociado al imperio por Galieno (264), proseguia el curso de sus triunfos contra los persas. Asedió á Ctesifonte, y áun quizá se apoderó de ella; pero en el momento en que corria á oponerse á las invasiones de los godos, fué asesinado (267) al cuarto año de su reinado. Colocándose Zenobia, su viuda, al frente del gobierno en nombre de tres hijos de menor edad que habia dejado, tomó el título de reina de Oriente y las águilas imperiales, declarándose contra Galieno.

Obligado éste, bien á pesar suyo, á tener siempre las armas en la mano contra los enemigos de dentro y de fuera, tuvo que acudir á Italia. Su general en la Iliria, Manio Acilio Aureolo, se habia visto obligado por el ejército á admitir la púrpura; y pasando los Alpes habia batido al ejército imperial junto al Adda, entre Bérgamo y Milan. Despues de echar sobre este rio un puente, que todavía conserva su nombre (*Pons Aureoli*, Pontirolo, entró en Milan y fué allí sitiado por Galieno. Pero una conjuración puso término á la existencia de este príncipe (20 de Marzo de 268) de edad de treinta y cinco años y al quinto de su reinado. Al pronto quisieron vengarle los soldados, si bien se les apaciguó con dinero y le trataron despues de tirano; declaróle el Senado enemigo de la patria, y despeño desde lo alto de la roca Tarpeya á sus deudos y amigos, para deificarle al poco tiempo.

Verdaderamente la época de Galieno fué de las más deplorables de que ha conservado recuerdo la historia. De tal modo se hallaba agitado el Egipto, que apenas era posible comunicarse, ni áun por cartas en Alejandría de un barrio á otro. Los más frívolos motivos, un salido, un calzado producian sangrientas disputas. Sobrevinieron el hambre, la peste, cuyos estragos fueron tales que se contaban en la ciudad ménos personas desde catorce años hasta ochenta, que las que hacia comunmente desde cuarenta á setenta. Doce años duraron aquellos desórdenes tumultuosos; por último, el Bruchio, la parte más hermosa y fuerte de Alejandría,

que encerraba en su recinto el palacio de los reyes, el museo, la biblioteca, los arsenales, fué asediado por los romanos á las órdenes del emperador Teodoto, y reducido á rendirse por hambre.

Entre tanto los escitas, bajo cuyo nombre son designados á menudo los godos, talaban la Bitinia y destruian muchas ciudades. Recorrieron la Tracia, la Macedonia, y amenazaron la Grecia, que fortificó de nuevo las Termópilas, rodeó Atenas de murallas y cerró el istmo del Peloponeso. Habiendo atravesado los bárbaros el Helesponto y devastado gran número de ciudades y de monumentos de arte y de historia, saquearon el templo de Diana en Efe-so, que sobreviviendo á siete destrucciones, estaba adornado con todos los tesoros de la opulencia asiática y del arte griego. Diversos monarcas le habian hecho el donativo de ciento veintisiete columnas de mármol jónico de cincuenta piés de altura; el altar, esculpido por mano de Praxiteles, representaba las acciones de Apolo y Baco. Ajenos los godos á los terrores de la supersticion y al respeto hácia lo bello, lo redujeron á cenizas.

Perdiéronse todas las conquistas de Trajano en la Tracia. No pudieron defender los Pirineos á España. Los francos, que penetraron en ella, la saquearon y pasaron de allí á Africa, despues de haber destruido á Tarragona. En Sicilia, sublevados los esclavos y los labradores, renovaron los horrores de la guerra servil, con inmenso perjuicio de los senadores, que tenian en aquella isla sus principales propiedades.

Sería imposible describir en detalle todas las atrocidades cometidas por los invasores y por los que se defendian contra ellos. Galieno asedia á Bizancio y entra por capitulacion en la ciudad; manda pasar á cuchillo á la guarnicion y á los habitantes, de manera que segun dice un autor, no quedó en la ciudad un sólo hombre. Cada tirano que surgia debia prodigar oro á los soldados. ¿Y de dónde podian sacar este oro, sino del pueblo? Sucedianse sin fin las vejaciones y las crueldades, cortejo de todo gobierno nuevo; luego la rapida caída de los usurpadores envolvía en la misma ruina al ejército y á las provincias que se habian declarado por su causa. Tambien se aliaban á veces aquellos soberanos de un dia, para sostenerse

contra sus competidores, con los bárbaros, cuyas incursiones eran favorecidas por aquellas continuas rivalidades. El hambre y la peste que ejercieron sus destrozos desde 250 á 265 ponían colmo á tantos males; y además terremotos, eclipses de sol, sordos mugidos subterráneos, acrecentaban el desaliento de los espantados pueblos.

CAPITULO XV.

Desde Claudio II á Diocleciano.

En este momento retardaba la caída del imperio una sucesión de valientes emperadores. Proclamó el ejército á Claudio (24 de Marzo de 268) como el más digno de sostener el nombre romano y la dignidad imperial; y su elección fué confirmada por el Senado, quien repite en alta voz que siempre ha deseado por emperador á Claudio ó á un príncipe semejante. Ascendido éste ilirio al trono, sin haberlo conquistado con un delito, continua el asedio de Milan, y acababa por apoderarse de Aureolo, á quien da muerte á instancias del ejército. En seguida bate á los germanos que se habían adelantado hasta el lago de Garela. De vuelta en Roma se ocupa en reparar lo mejor que puede los desórdenes causados por las precedentes turbaciones. Deja al Senado condenar á muerte á los amigos y á los deudos de Galieno, y después de pronunciada la sentencia les concede indulto.

Avanzado contra los godos, que, después de haber talado las provincias, se retiraban por la alta Mesia, escribía en estos términos al Senado: «Me hallo enfrente de trescientos mil enemigos; si salgo vencedor cuento con vuestro agradecimiento; si el resultado no corresponde á nuestras esperanzas, hareis memoria de que el imperio quedó agotado á consecuencia del reinado de Galieno; suya es la culpa y de los tiranos que han desolado nuestras provincias. No tenemos lanzas, espadas, ni escudos; hállanse en poder de Tétrico las Galias, y la España, alma del imperio; ocúpense los arqueros contra Zenobia. Por poco que obtengamos, atendida nuestra situación será mucho.»

A los pocos días pudo escribir nuevamente: «Hemos derrotado á los godos y destruido su escuadra de dos mil buques; el campo está cubierto de cadáveres y de escudos, y hemos he-

cho tantos prisioneros, que á cada soldado le han tocado en el reparto dos ó tres mujeres.» No se necesitaban victorias ménos insignes para fijar la vacilante fortuna; pero apenas había reinado Claudio dos años, cuando le arrebató la vida una epidemia. Decretóle el Senado los honores divinos (Mayo de 270), y mandó colgar en el salón de sus sesiones un escudo de oro con su efigie; erigióle el pueblo dos estatuas, una de oro y de seis piés de altura, otra de plata y de peso de mil quinientas libras. Su hermano Quintilio fué llamado con unánimes voces, á sucederle, pero á los diez y siete días se suicidó ó fué asesinado por las tropas.

Aureliano fué proclamado sucesor suyo (270). Nacido en Pannonia, en condición oscura, había dado tantas pruebas de valor y de fuerza, que los soldados le designaban con el nombre de *Manus ad ferrum*, y repetían en su obsequio canciones con el siguiente estribillo: *Mil, mil, mil han sido muertos por su mano*, pues corría acreditado el rumor de que había derribado con su espada en diferentes combates á novecientos cincuenta enemigos. Los godos que se habían librado de la última derrota, pusieron coto á su arrogancia y le pidieron la paz; concediósele de buen grado, atendido que los alemanes, los jutungos y los marcomanos amenazaban la Italia; hasta penetraron en ella á pesar de sus esfuerzos, y habiéndole derrotado cerca de Plasencia, se encaminaron en derecha á Roma. Entonces llegó á su colmo el espanto; se consultó á los libros sibilinos, y el emperador en persona se querelló al Senado de que se procediera muellemente al cumplimiento de los ritos religiosos: *Pues qué, decía, ¿os habeis congregado en una iglesia cristiana, y no en el templo de todos los dioses? Examinadlo, y sabré hacer que os suministren cualquier gasto, cualquier animal, cualquier hombre que exijan los libros sagrados.* Procesiones de sacerdotes vestidos de blanco, en medio de coros de vírgenes y mancebos, recorrieron la campiña, ofreciendo sacrificios místicos y reanimando el valor de los romanos. Aureliano, que había rehecho los vestigios de su ejército, batió á su vez á los bárbaros cerca de Fano, y acabó de exterminarlos en otros muchos combates. También derrotó á los vándalos que habían atravesado el Danubio, y los obligó á entregarle en

rehenes los hijos de sus dos reyes. No obstante, como apetecía más una ventaja efectiva que una apariencia seductora, abandonó las conquistas hechas por Trajano; y declarada independiente la Dacia, prestó al imperio eminentes servicios, ora acostumbrando á los bárbaros á la agricultura, ora repeliéndolos, mientras que la Dacia de Aureliano, como se denominó á la Mesia, recibió á los romanos, que hubieron de evacuar el país allende el Danubio.

Al tomar á Roma halló tal desorden en todo, que hubo de apelar á las más rigurosas medidas. Muchos senadores fueron condenados á muerte por ligerísimas acusaciones, desprovistas hasta de pruebas. Después se ocupó en reparar las murallas de la ciudad, dándolas un desarrollo de veintiuna millas. Si tamaña extensión lisonjeaba al orgullo romano, hamillábalo la idea de que la capital del imperio estaba reducida á atender á su propia seguridad con el auxilio de baluartes. Aureliano restableció la disciplina y castigó severísimamente las más insignificantes faltas de los soldados. Habiendo violado uno de ellos á la mujer de su huésped, hizo que le ataran á dos árboles inclinados con fuerza que, al volver á levantar sus ramas, le dividieron en dos pedazos. Por eso cantaba la soldadesca: *Este ha derramado más sangre que vino ha bebido cualquiera otro.* Por otra parte, hacia que la disciplina fuera ménos pesada, sujetándose él mismo á sus prescripciones. Ajeno á toda especie de fausto, prohibió á su mujer gastar vestidos de seda, porque se vendían á precio de oro.

Luego que lo preparó todo para la paz y para la guerra, marchó contra Zenobia. Apenas fué la viuda de Odenato, reina de Oriente, se creó para ella una genealogía, haciéndola descendiente de los Ptolomeos; efectivamente era vástago de una ilustre familia; entendía el latín, el griego y el egipcio; sabía historia, y se ocupaba en escribirla. Además había aprendido á discutir sobre Platon y sobre Homero en la escuela de Longinos. En la caza competía con su esposo, en la guerra con los más insignes capitanes. Hizo que vistieran la púrpura sus tres hijos Terencio, Timmolao y Valbato; asociados al imperio, les hizo abandonar el idioma griego por la lengua latina, y gobernó cinco ó seis

años en calidad de tutora. Alternativamente grande en la guerra y eminente en el consejo, firme en sus resoluciones, admirablemente generosa, exenta del amor y de las demás pequeneces que deshonran las córtes femeninas, unas veces rivalizaba en magnificencia con los monarcas persas y se hacía adorar como ellos reclinada en tierra la frente, otras con el casco del soldado y el manto imperial, marchaba á la cabeza de las tropas á escape, en un caballo ó en un carro de guerra. De vez en cuando daba banquetes, y á estilo de los Césares, bebía con los oficiales del ejército y con los embajadores de Persia y Armenia.

Habiendo quedado, en virtud de la derrota de Heraclio, dueña de la Siria y de la Mesopotamia, se había aprovechado del momento en que Claudio combatía contra los godos para enseñorearse de Egipto; se había sometido á su ley gran parte del Asia, y fijaba sus ojos en Bitinia.

Resuelto Aureliano á detenerla, entró en esta última provincia (272), y después en la Capadocia; habiéndole opuesto resistencia Tyana, juró esterminar allí hasta los perros. Pero habiendo caído la ciudad en su poder por traición, dijo que se le había aparecido Apolonio, el famoso taumaturgo, prohibiéndole que maltratara á sus compatriotas. En su consecuencia, intimó á sus soldados saciar su rabia en los perros de la ciudad y en Heraclemon, que había entregado á su patria.

Habiendo logrado encerrar á Zenobia en Palmira, empleó Aureliano contra los baluartes de esta ciudad todas las máquinas de guerra conocidas; pero los sitiados se defendían con heroísmo (273). *Es increíble*, escribía el emperador, *la cantidad de dardos y de piedras que hacen llover sobre nosotros sin treguas ni reposo; pero confío en los dioses que han secundado siempre mis empresas.*

Zenobia aguardaba socorros de los persas y de los sarracenos; mas los primeros fueron cortados en su marcha, y los otros corrompidos; entonces resolvió ir personalmente á reclamar de nuevo la ayuda de los persas. Pero en el momento en que, á favor de la noche, se escapaba con sus tesoros, montada en un dromedario, fué alcanzada por Aureliano, y quedó en su poder en calidad de prisionera. Cuando la pre-